



XIII

La perla.

LLOVIA incesantemente desde por la mañana, tal vez desde las primeras horas de la noche anterior; y las calles de París estaban llenas de barro. Yo había estado correteando, como un *simón*, por dos ó tres barrios de la orilla izquierda, yendo de un dispensario á un asilo, visitando á algunas amigas ricas á las que hablaba de mis amigas pobres, y al atardecer, me decidí á volverme á mi casa. Estaba rendida. Mi casa se halla situada junto al Eliseo. Yo sentía sobre mí el peso de mis vestidos, de la atmósfera saturada de humedad y de humo, y hasta el peso de las desgracias que había visto ó que me habían contado. Los médicos, los cazadores y los militares conocen la esterilidad de las reflexiones en estas retiradas bajo la lluvia. Al pasar por delante de la tienda del orfebre Miège, se me ocurrió repentinamente una idea que me regocijó. «¿Y si comprase ahora la alhaja?»
Hacia ya algunos meses que tenía este proyecto,

pero siempre me había faltado el tiempo ó el humor necesario para ponerlo en planta. Mis amigas me repetían: «No eres una monja. Eres una solterona que vive en el mundo, que necesita estar bien con el mundo, y que transmite su limosna á los pobres á quienes el mundo ama por mediación suya. Pase que no lleves más que trajes oscuros y que vayas con cuerpos cerrados á las comidas y á las reuniones á que nosotros vamos escotadas; pero siquiera, hija mía, ponte una pulsera, un collar, un medallón con una cadena, aunque sea un imperdible, sí, un imperdible de vieja, si quieres; en fin, procura que cuando entres en un salón veamos todos que dos minutos antes de salir de tu cuarto has pensado en nosotros». Las quejas eran justas, ó por lo menos á mí me lo parecieron. Hacía mucho tiempo que estaba decidida; de modo que abrí la puerta de Miège é hice sonar el timbre.

—Desearía ver unos collares de oro cincelado solamente.

—Está muy bien, señora.

Se levantaron dos muchachas. Estaban sentadas detrás del mostrador de la derecha, y por su modo de entornar los párpados y examinar mi sombrero, mi traje y mis botas manchadas de barro, y por la sonrisita, idéntica en ambas y discretísima que siguió á la inspección, comprendí que me habían incluido en la categoría de las parroquianas de poco más ó menos. Se inclinaron con aire de afectada indolencia, y me presentaron, ya serias y con mucha frialdad, como si el

deber oficial comenzara en aquel mismo instante, dos alhajas que me hicieron el efecto de llamarse una Durán y la otra Martín; las había visto cien veces.

—Esto se lleva mucho—dijo una de las muchachas.

La otra aventuró una variación. Yo dije rotundamente:

—Son muy vulgares. Yo venía aquí para encontrar otra cosa mejor.

La sonrisa discretísima reapareció, pero esta vez ya no estaba dedicada á mí. Volví un poco la cabeza, y, en el fondo de la tienda, en la obscuridad, vi una cara afeitada que expresaba el más completo escepticismo y alguna otra cosa más. Aquellos ojos vivos y burlones, aquella boca de labios gruesos algo caídos por los extremos, por efecto de la habitual ironía que había estereotipado en ella un gesto de amargura, decían, indudablemente: «¿Creen ustedes que esa señora tiene buen gusto? ¿Quieren ustedes que me levante del taburete en donde estoy ideando un nuevo dibujo? ¡Vamos! ¡Lo que quiere es darse tono, como hacen otras muchas! Viene haciéndose la remilgada, y dentro de un momento eligirá, no un collar, sino una cadena de reloj, un calabrote con un broche vulgar como medallón! ¡No tienen ustedes idea del mal gusto de la generalidad de las parroquianas! ¡Parte el corazón! ¡Déjenme ustedes en paz!» Por su parte, las dos muchachas insistían, y sus miradas decían no menos claramente: «Señor Miège, convendría que viniese usted.»

Se salieron con la suya. Discretamente, ligeramente, con un aplomo que denotaba también la costumbre, se escabulleron á derecha é izquierda, diciendo: «Vamos á buscar otra cosa.» Y fué Miège en persona quien apareció detrás del mostrador.

Tenía precisamente mi misma estatura, y ví, desde muy cerca, el insondable escepticismo del artista. La voz no corregía en lo más mínimo la impertinencia de la fisonomía.

—¿Quiere usted hacer un regalo baratito? ¿Para un santo? ¿Para un cumpleaños?

—No, señor; es para mí.

—Entonces, ¿desea usted una alhaja de valor?

—No es preciso que sea de valor: que sea original, con eso basta.

Miège sonrió un poco menos despreciativamente.

—Esta cadenita lisa, un cintillo de oro con amatis-tas, modelo italiano, ¿qué la parece á usted, señora?

—Muy lindo. Demasiado llamativo para mí. Quiero una cosa seria, señor Miège, una alhaja que no llame la atención, sobre todo, que no parezca que quiere competir con las demás, y que guste hasta en el cuello de otra mujer.

Bruscamente abrió un armario, luego otro, y otro, y después con la ternura de modales y la habilidad de un creador que muestra su obra, me presentó veinte collares maravillosos, explicándome, con una sola palabra, el dibujo, la composición, las afinidades del arte, las sabias armonías. Hablaba de sus cinceladores, del

tiempo que habían tardado en trabajar las joyas, de las ofertas que había rechazado, y repetía, á manera de estribillo: «Puesto que la gusta á usted lo bueno, fijese en el movimiento de esta hoja de hiedra, y en estos dos niños que sujetan el medallón, y en los esmaltes en los que el rojo y el verde son como abismos sin fondo; puede uno zambullirse en ellos...»

Las joyas manejadas por nuestros dedos rebrillaban alegrando aquel rinconcito de la tienda. Yo no me acordaba ya de la lluvia ni del cansancio. El joyero parecía olvidar que yo era una compradora, y aún me pregunto si no lo olvidaba efectivamente. Escogí una cadena bastante corta, de un dibujo sencillo, con un medallón estilo Renacimiento. De la parte inferior del medallón pendía una perla entrelarga. El orfebre indicó un precio que excedía con mucho á la cantidad que yo me había propuesto gastar.

—Lo siento en el alma—le dije;—con ese dinero tengo para pagar la pensión de dos pobres y no quiero gastarlo. Le dejo el collar... á no ser que quite usted la perla...

—¡Qué quite la perla!—interrumpió Miège, recobrando la entonación del principio.—Quiere usted obligarme á mutilar una de mis obras de arte! ¡No lo diga usted siquiera, señora!

—Ya no lo digo... Adios, caballero.

Dí media vuelta, después de haber sonreído involuntariamente á algunas de aquellas maravillas que iba á abandonar. Muchas veces me despido

así de las cosas. ¿Lo notó? Miège me llamó y me dijo:

—Llévese usted el collar, llévesele con la perla que no necesita usted pagar. Lúzcale usted en las reuniones de París; así hará su aparición en el mundo tal como yo lo he soñado, con su aspecto de paje y su pluma blanca; adivinarán quién lo ha hecho y le dirán á usted: «Eso es de Miège», y usted dirá que sí; de este modo no perdemos ninguno de los dos...

—Sobre todo, yo. Pero en Abril me voy de París.

—Pues, bien; volverá usted en Abril y lo que no puedo decidirme á hacer hoy, lo haré entonces. Y así le dejamos cinco mesecitos de vida.

Me llevé la alhaja y se cumplió fielmente lo tratado. Muchas personas, por la corrección del estilo, por la patina del oro, por la delicadeza de todas las curvas, adivinaron que era una joya de casa de Miège. Les conté la historia. «Ya veremos como acaba»—contestaron.

He aquí, cómo acabó:

Á fines de invierno volví á casa del joyero. Al verme, se encogió ligeramente de hombros, y dijo:

—Casi hubiera preferido que no hubiese usted vuelto... Una perla... tengo parroquianos que se hubiesen olvidado de traerla...

Cuando tuvo en la mano izquierda el collar, cuya belleza realzaba el alegre sol de la primavera, lo acarició un momento, gozándose en el brillo fugaz y en el tintineo de los eslabones que chocaban unos contra

otros. Una emoción casi imperceptible, discretísima, atenuó la expresión de ironía que el anciano orfebre no debía de perder muy á menudo. Cogió unas pinzas, y apretando ligeramente la anilla que unía la perla al medallón, dijo:

—¡Qué crimen me obliga usted á cometer! Pero, ahora sé ya quién es usted, me he enterado, señorita; es usted una artista á su modo, un ángel de caridad... es usted una mujer que jamás está satisfecha del empleo que ha dado al día, porque siempre queda mucho por hacer...

Suspiró, apretó nerviosamente las pinzas, y la anilla se rompió dejando en libertad á la perla. Miège la cogió y entregándomela, añadió con áspero tono:

—Jamás vuelve á mis manos lo que ha salido de mi casa; haga usted lo que quiera de esta perla. Ya llamará usted medio de emplearla en sus obras de caridad.

..... ,
Hallé efectivamente el modo de «emplearla.» Vendí la perla en setecientos treinta francos: lo que importa la pensión de dos pobres, como ya le había dicho yo á Miège.



XIV

El anillo de boda.

HABÍANSE prometido vivir siempre así; cada una en su piso, pero en la misma casa. Estaban muy unidas tía y sobrina; aquélla era soltera, ésta viuda desde hacía muy poco tiempo. La primera tenía la edad en que se piensa, sobre todo en los demás, cuando se tiene ese don y se ha cultivado; la segunda acababa de salir de ese período de juventud, de ilusiones, de ternura y de triunfos en el que se piensa principalmente en sí mismo. Así, pues, se amaban, es decir, la de más edad amaba á la más joven y ésta estaba satisfecha porque se sentía amada. Estaba satisfecha pero no era feliz; pensaba, como piensan muchas personas que consideran la vida como un pastel, que no había disfrutado de toda la parte de felicidad que la correspondía. Y pedía más, sin decirlo en voz alta, sin que se trasluciese su deseo en la mirada de sus ojos oscuros, ó en el gestecillo de sus labios que desde hacía

dieciocho meses habían perdido su alegre sonrisa y se detenían siempre á la mitad del camino.

La señorita Valentina Dourd acababa de comer con la viuda Ledoël. Desde el comedor habían ido al saloncito que daba al jardín. Vivían en una casa nueva de la orilla izquierda del Sena, cerca de la Abbaye-aux-Boix, una en el piso segundo, la otra en el cuarto. Casi todas las tardes comían juntas, trabajaban en alguna laborcita de costura ó de *crochet*, hablaban ó callaban, seguras siempre, ya charlasen, ya guardasen silencio, de entenderse y de ayudarse mutuamente. Á las nueve y media, la señora de Ledoël tomaba una taza de té, y una de tila la señorita Dourd. Á las diez se separaban.

—¿Vas á estar de pie?—preguntó Valentina.

La joven contestó afirmativamente con un movimiento de cabeza lento y casi imperceptible que hizo correr un reflejo de oro por las ondas de su pelo castaño. Con una mano apoyada en el cortinón, completamente rodeada por aquella faja de sombra estrecha y alargada, sobre la que se destacaba su frente, su nariz recta, sus labios y sus pálidas mejillas, y el delicado contorno de su cuello tendido hacia adelante, la señora de Ledoël, esbelta y gracil, contemplaba á través de los cristales los últimos resplandores del sol que desaparecía entre las chimeneas y las copas de los árboles. Sus párpados, como de costumbre, abríanse y cerrábanse rápidamente sobre sus ojos serenos.

Su tía se había sentado casi en el fondo del salón, y

comenzaba á trabajar en una toquilla, en tanto que el enorme ovillo de lana, que estaba junto á ella sobre la alfombra, saltaba y rodaba á cada movimiento de la aguja de madera. La señorita Dourd, más alta que su sobrina y muy delgada, tenía el pelo blanco y muy hermoso, la cara llena de pecas, y los ojos claros, traviosos, como los de los niños; unos ojos muy vivos, bailarines, perspicaces, que jamás soñaban y que se llenaban de lágrimas por cualquiera cosa. Esperó unos instantes, respetando el pensamiento que creía adivinar; luego viendo que allá en la ventana la mano nerviosa y fina dejaba de atormentar la cortina y desaparecía en la obscuridad, dijo:

—Gabriela, ya es hora de encender la luz.

La joven atravesó el salón, cogió una lámpara, la encendió, y, colocándola sobre un velador cerca de su tía, dijo, medio vuelta de espaldas y como si la luz la cegase:

—Dispéñeme usted; me voy á arriba.

—¿Estás mala?

—No.

—¿No estarás triste? ¿No habrán vuelto aquellas ideas negras de antes?

—Tampoco.

—¡Mírame!

Gabriela se inclinó, rozando con su rostro la pantalla; miró un instante á Valentina, la besó dos veces, más afectuosamente que de ordinario, y salió.

—Tal vez no esté triste, pero algo le pasa—pensó la

anciana.—Ya me lo dirá cuando le parezca. No se lo preguntaré. ¡Pobre niña! Hubiese querido sonreír, pero no ha podido. Adivino que entra en ese período de la pena, el más largo, en el cual no se atreve uno á confesar que sufre tanto como el primer día...

Y la señorita Dourd vió en su imaginación, por milésima vez, á su sobrino, oficial de *spahis*, delgado, ágil, apasionado, con la barba roja como un lobezno; recordó la escena de la despedida en Marsella, cuando después de dos años de matrimonio, el capitán Ledoël, sorprendido al encontrarse con un nombramiento que en otro tiempo había deseado pero que no esperaba ya, se embarcó, una mañana de Enero, con rumbo al Sudán, de donde no debía volver... ¡Qué muerte tan trágica! Pocos meses después, unas cuantas líneas en los periódicos, hicieron saber á millares de indiferentes y á una mujer que se desmayó al leer la noticia, que el capitán Ledoël, que formaba parte de una expedición, había sido atacado y asesinado por los negros. Después supieron muy poca cosa: el nombre de una tribu y el de un pueblo que no aparecía en los mapas. Y nada más.

La criada abrió la puerta del salón y anunció que un caballero deseaba hablar con la señorita.

—¡Á estas horas!

La doncella entregó á Valentina una tarjeta en la cual había escritas unas cuantas líneas á manera de disculpa y de explicación

—Que pase.

La toquilla cayó al suelo. La señorita Dourd se levantó á medias, muy pálida, apoyándose con las dos manos en los brazos de la butaca. Entró un hombre, un militar vestido de paisano, correcto, bajito, muy moreno, muy ancho de hombros, de facciones abultadas y enérgicas.

—Señorita—dijo—ya sabe usted lo que me ocurre. No estoy en París más que de paso. No me he atrevido á presentarme á la señora Ledoël; he pensado que una mujer, una parienta como usted, sabrá decir mejor las cosas, sabrá prepararla mejor... Verá usted... Á nosotros, cuando somos víctimas en África de una asechanza, nadie nos vengá. Se hace una información. Yo he hecho la información sobre la muerte de Ledoël. He podido recoger algunos datos; los he consignado lo mejor que he podido en un manuscrito, el cual le suplico á usted que lea y que entregue, si lo cree conveniente á la pobre viuda, que de este modo sabrá por lo menos, lo valerosa, lo heroicamente que se portó mi amigo Ledoël en sus últimos momentos.

Al decir esto, colocó sobre el velador un sobre lacrado. Luego, sujetando entre los dedos una cajita envuelta en papel negro que había sacado del bolsillo al mismo tiempo que el sobre, continuó:

—Traigo, además, otro recuerdo precioso. El anillo de boda de Ledoël. Pude comprárselo á uno de los negros, que lo tenía indudablemente por haberle tocado en el reparto del botín. Lo encontrará usted en esta cajita. Aún está manchado de sangre.

—¡Ah, caballero, qué bien ha hecho usted en venir primero á mi casa!... Si esa pobre niña, sin que nadie la preparase... ¡Está tan triste!... Acaba de marcharse.

Evidentemente el oficial respiraba con más libertad, como si le hubiesen quitado un peso de encima. Parecía como que su cuerpecillo se estiraba y crecía. Estaba deseando desembarazarse de aquel objeto fúnebre, que dejó junto á la carta. Añadió algunas palabras que debían serle transmitidas á la señora de Ledoël, de parte de un antiguo jefe del capitán, respondió á dos ó tres preguntas y se retiró.

El papel negro desapareció en un momento, los temblorosos dedos de Valentina quitaron la tapa de la cajita de madera, y el frágil anillo de oro apareció en aquella especie de ataúd con la mancha de sangre que corría todo alrededor, como una brizna de hierba ya marchita. Sintió deseos de besar aquella reliquia de un sobrino idolatrado, de un muchacho á quien había criado con ayuda de Guillermina, la anciana criada, pero se lo impidió un escrúpulo. «El primer beso, pensó, debe dárselo Gabriela; está en su derecho; este es su tesoro.» Contemplaba la sortija con un dolor tan vivo que al poco rato ya no veía nada. Comprendió que iba á llorar, envolvió rápidamente la caja en e papel, vaciló un instante y dijo:

—Se disgustaría conmigo si no se lo entregase esta misma noche. Voy á subir.

Valentina subió los dos pisos, llevando la cajita negra sobre el sobre blanco con religioso respeto.

Tenía una llave del piso y abrió la puerta. Al ruido que hizo salió una criada al recibimiento y deteniéndola con un ademán exclamó:

—No, señorita, se lo suplico, no entre usted esta noche. La señora me ha mandado que...

Era Guillermina, arrastrando los pies como de costumbre, con la cara soñolienta y abotargada, con el pelo blanco y escaso; Guillermina, con los ojos aun muy vivos; como en los buenos tiempos en que criaba á Juanito Leodël. «No quiero que te separes de mí —le había dicho Juan Leodël al casarse.—Formas parte de mi casa y de mi dote.» Y se fué con él; y en la casa quedó después de la muerte de aquel amo á quien tanto quería. Y á la sazón acudía, alarmada, para hacer respetar la consigna.

—No entre usted, señorita, es imposible...

Luego, fijándose en el rostro alterado de Valentina, exclamó:

—Señorita, ¿ha ocurrido alguna desgracia en la familia?

En voz baja, en la semiobscuridad de la antesala, explicó Valentina lo que iba á hacer. Y á medida que hablaba, aumentaba la agitación, el azoramiento, la angustia de Guillermina.

—¡No se lo dé usted!... ¡Bájese á su casa!... ¡No se lo dé usted esta noche, sobre todo esta noche!... ¡Mañana por la mañana!...

—¡Déjame! — contestó Valentina, apartándola.—Es preciso que yo la vea. ¿Está en su cuarto?

Una voz ahogada murmuró:

—En el salón.

Valentina cruzó la antesala, apoyó la mano en el picaporte y dijo:

—¡Soy yo, querida, no te asustes!

Le respondió un grito. Valentina retrocedió. Por la rendija de la puerta había visto á la señora de Ledoel sentada en el sofá, y junto á su sobrina, en la banqueta del piano, á un muchacho que se había levantado precipitadamente. No tuvo tiempo de serenarse. Oyó la risa de la felicidad, la risa que no resonaba en su casa hacía dieciocho meses. Dos brazos la enlazaron cariñosamente, sintióse estrechada contra el pecho de la joven, y entre besos, suspiros, carcajadas ahogadas y lágrimas, escuchó estas palabras: «¡Oh, perdóneme usted!... ¡Estoy avergonzada, pero soy tan dichosa!... Pensaba confesárselo á usted todo mañana por la mañana... Esta es la tercera vez que nos vemos aquí, se lo aseguro á usted, se lo juro... Cuando le conozca usted, comprenderá... Yo no creía que iba á ser tan pronto... Ya somos casi novios... ¿Me permite usted que no le diga todavía que se vaya? ¡Le daría un disgusto tan grande!... Espéreme usted en mi cuarto, cinco minutos, el tiempo necesario para contestarle.»

Gabriela se apartó á fin de dejar á Valentina la necesaria libertad para responder.

—¿Qué tiene usted en la mano?—preguntó.—¿Me trae usted una carta?

—Nada, querida, el correo de esta noche; nó es cosa urgente.

La joven creyó comprender que estaba perdonada; y volvió á entrar en el salón. En el corredor encontró Valentina á la criada que iba en busca de noticias.

—Toma—le dijo entregándole la cajita negra—acáriciala con tus manos! Yo la guardaré; es el anillo de boda, el otro. Se lo daré mañana... ó más adelante. Tú piensas lo mismo que yo, ¿no es eso?... Tú y yo le seremos fieles, tú y yo rezaremos por él sin cansarnos nunca y no le olvidaremos.

Y como no recibiese contestación, porque Guillermina estaba absorta en la contemplación de la reliquia, añadió:

—Ya ves, Guillermina de mi alma, las verdaderas viudas no siempre han estado casadas.